

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Lo de Luxemburgo le ha salido a Adolfo Suárez bordado. Las visitas a los nueve del Club de Europa ha terminado "in belleza", como dicen los italianos, para no decir eso que siempre se dice del "broche de oro". Ya decía yo que lo de Luxemburgo nos lo arreglaba Ignacio Camuñas. El eje Luxemburgo-Camuñas es una entente a nivel de grandes potencias, un superpacto para cargarse los dichos Pirineos esos que siempre nos están separando de la dulce Francia y que ya no pueda decir nadie que África empieza en Candanchú. Al final, tarde o temprano, Europa nos abrirá sus puertas y podremos poner en el mercado europeo nuestros tambalillos de tomates de Murcia y de peras de Llerda exactamente igual que los partidos políticos han levantado sus tenderetes en el Rastro. Don Pío Cabanillas encargará al maestro Joaquín Rodrigo o al maestro Cristóbal Halffter una hermosa composición musical que se titule algo así como "En un mercado de Frankfurt", para que no tengamos que estar oyendo siempre lo de "En un mercado persa", que es un mercado en el que no podemos entrar más que a comprar petróleo y a mirar turquesas. Después de su gira europea, el presidente del Gobierno se ha ido a Murcia, que es mi reino, y que está destinada a ser la "huerta de Europa" cuando hayamos entrado en el Mercado Común y cuando hayan llegado las aguas del trasvase Tajo-Segura a través de varias cuencas autonómicas. Nos hemos pasado no sé cuántos años siendo la reserva espiritual de Occidente, pero ahora parece ser que se trata de alimentar a Occidente con nuestras hortalizas en vez de salvarlo con las charlas radiofónicas del padre Venancio Marcos. El señor presidente del Gobierno habrá podido comprobar, en su visita a Murcia, que los murcianos somos gentes bienhumorada y pacientes, que recibimos las inundaciones tradicionales, los retrasos del Trasvase, el destierro de las autopistas, la visita de gobernantes y otras calamidades públicas con irónica resignación. Generalmente somos gente pacífica y no armamos otros belenes que el de Saltillo. En los ratos libres, que procuramos sean largos, inventamos el autogiro o el submarino, el Rincón de Pepe y el Cantón de Cartagena, y después nos echamos a dormir la siesta y a reírnos un poco de ver cómo se afanan los ministros en no hacernos caso. De todas formas, somos hospitalarios y generosos, y si hay que ser la huerta de Europa, pues ya se será, y si hay que regalarle a don Fernando Abril Martorell algún volumen de Saavedra Fajardo, pues se le regala. Por nosotros que no quede.

Otra cosa que ha salido bien es lo del Senado. Los señores senadores están empeñados en no ser la "Cámara de los amenes" y quieren poner en las leyes sus puntos sobre las íes, aunque tampoco quieren ser ya aquella "Cámara de las ideas", como la bautizó don Torcuato Fernández-Miranda, quizá porque ninguna de las ideas que se les ocurría a los señores consejeros nacionales inquilinos del antiguo y del presente Senado llegaban a ser realidad, que así se desanima cualquiera. Cada vez que al Consejo Nacional se le encendía la bombilla, esa que venía en el "TBO" para indicar que alguien había tenido una idea, llegaba don Luis Carrero Blanco y repetía aquello del claustro de la Universidad de Cervera a don Fernando VII: "Lejos de nuestras mentes la funesta manía de pensar."

Bueno, pues el Senado quiere ser una Cámara colegislativa y no quedarse sacristán de amén. Pero los oradores de la oposición convencieron a sus señorías de que eso de meter la pluma en las leyes no era oportuno en estos momentos, y que había que aprobar los proyectos de ley tal y como habían llegado del Congreso. Como éste es un país mágico y no un país lógico, aquí la oposición se empeña en sacar adelante los proyectos del Gobierno con más entusiasmo que el partido del Gobierno. ¡Había que ver cómo aplaudían sus señorías los senadores cuando se aprobó el proyecto de ley de Medidas Urgentes para la Reforma Fiscal! ¡Y había que ver cómo algunas señorías de la UCD desertaban de sus bancos! En quince minutos que el señor Fontán concedió entre los discursos y la votación, debió de funcionar el teléfono para llamar a los niños que no habían ido a clase. Al final sobraron catorce votos, a pesar de que muchas señorías no llegaron a tiempo de votar, y otros—como don Luis Sánchez Agesta—se quedaban en la puerta para no tener que hacerlo. ¡Es que ya es mucho votar después de una dieta tan larga! Y además, eso de votar para que a uno le frian a impuestos es un sacrificio democrático demasiado fuerte. A la postre, todo terminó bien, o mal, según la cuenta corriente de quien lo mire. Así que ¡a pagar! Por fin, señores españoles, vamos a dejar de ser un país de defraudadores a la Hacienda para convertirnos en un país de contribuyentes. Y por fin va a haber un ministro de Hacienda que hace la reforma fiscal sin que antes haya salido disparado de la poltrona. Yo no sé cómo habrá que llamarle a esto que pasa, si reforma, ruptura, cambio o revolución. Pero me temo que haya algunos que lo denominen con un tacho. Es lo que dice mi amigo el rico: "Como le tengamos que pagar incluso a la Hacienda, apaga y vámonos."

Además de los que no quieren pagar están los que quieren ganar más, sin respetar los pactos de la Moncloa. Lo más difícil de los pac-

tos no es firmarlos, sino cumplirlos o hacerlos cumplir. Mientras sea firmar, lo firmamos todo, incluso las letras de cambio. Lo malo es que también quieren que las paguemos. Aquí la solidaridad empieza con uno mismo, y el pacto más sagrado lo tenemos firmado con el sobre de la paga. Otros lo tienen firmado con la evasión fiscal. Y los más afortunados lo tienen firmado con las dos cosas. Los pactos de la Moncloa han pasado por los partidos políticos, por las dos Cámaras, un poco más estrechamente por las centrales sindicales y por las organizaciones empresariales. Pero ahora falta que pase por los bolsillos de los españoles, y ya se está viendo que muchos de ellos no están por la labor. No hay que olvidar que vivimos en un país que tiene un refrán estremecedor en su gramática parda: "Hecha la ley, hecha la trampa", y antes que aparezca la ley en el "Boletín Oficial" ya estarán los más preclaros ingenios de la Corte y los más avisados cazurros del pueblo viendo la manera de hacerle trampa a la ley.

Y, sin embargo, o pasamos todos por el aró, o dicen los expertos que nos vamos al garete. De momento estamos, unos y otros, con el juguete de la huelga. Don Santiago Carrillo habla de la huelga de inversores y los periódicos hablan todos los días de las otras huelgas. Esa huelga de los aeropuertos nos ha costado, según dicen los titulares sensacionalistas, tres mil millones de pesetas. O sea, que en unos días de juerga aeronáutica nos hemos gastado un buen bocado de esos millones de dólares que el presidente se trajo de Alemania. Estamos pidiendo créditos para sufragar las huelgas, que es lo mismo que si nos dedicamos a dar sablazos para pasarnos el día rascándonos el ombligo. Menos mal que algunos se dan cuenta de lo que pasa. Porque cuando les han preguntado a los españoles—según esa encuesta de Icsa-Gallup que ha publicado "Informaciones"—por las causas de la crisis económica, una mayoría significativa no le ha echado la culpa al petróleo ni a la situación internacional, sino que ha dicho que lo que pasa es que no damos golpe.

Ya se sabe que los españoles nunca hemos tenido fama de ser muy trabajadores, con algunas excepciones de por el Norte. Muchos más que hormigas nos gusta ser cigarras, y está bien claro que entre nosotros siempre tendrá más éxito Manolo Escobar que el camarada Alexei Stajanov. Eso de la cadena de producción y del incremento progresivo de la productividad va poco con nosotros, porque este es el país del "en todos los trabajos se fuma", y cuando queremos que alguien nos compadezca no tenemos sino que decirle que hemos trabajado sin levantar cabeza. El mismísimo don Miguel de Unamuno, que se pasó la vida trabajando, hizo la alabanza de cigarra y el menosprecio de la hormiga. Aunque también puede ser que Unamuno se pasara el día escribiendo para no tener que trabajar. De todo eso estábamos hablando en la tertulia y el poeta de la reunión dijo:

—Hay que desengañarse. Este es un país de cigarras.

—Eso es un tópico pasado ya de moda—replicó el ejecutivo—. En España se trabaja ya más y mejor que en muchos lugares de Europa. Si alguna vez hemos sido un país de cigarras, ya estamos siendo un país de hormigas.

—Pero ahora tenemos vacío el hormiguero—terció el economista—. Estamos echando por la ventana todos nuestros ahorros de muchos inviernos.

—Lo que pasa—concluyó el derrotista—es que no somos ni un país de hormigas ni un país de cigarras. Somos un país de avispas.

Y en seguida nos pusimos a hablar del artículo de Luis María Ansón. Ansón se pasa unos meses callado o metiéndose con Emilio Romero, que viene a ser lo mismo, y de repente le entra la cólera bíblica y escribe una tercera en "ABC" que deja al país temblando. Nos hemos pasado toda nuestra Historia presumiendo de valientes arrojados e incluso de temerarios, y ahora se le ocurre decir a Ansón que lo que nos pasa es que estamos bajo la dictadura del miedo, y que aquí tienen miedo todos, desde los gobernantes a los peones, desde los intelectuales a los empresarios. Y cuando todo el mundo está con la palabra "libertad" en los labios y en las banderas, a él se le ocurre pronunciar por tres veces la palabra "autoridad" que últimamente estaba tan desprestigiada. Yo creo que eso de la autoridad es algo que hace falta, en efecto, y que van a empezar a decirlo y a gritarlo todos los que tienen miedo de los que tienen miedo a ejercerla. De una u otra manera, esto es una película de miedo. Pero habrá que esperar que, en el desenlace, lleguen los buenos y terminen con los fantasmas del castillo. O con el chulo del barrio. O con la pandilla de gamberros.

Ahora, el principio de autoridad va a sufrir varias pruebas del fuego. Ya vamos asentando la democracia, y quienes nos gobiernan están comprometidos a gobernar, con el acuerdo de las instituciones democráticas. Nadie tiene ya por qué tener escrúpulos ni remilgos de falta de representatividad y provisionalidad de la transición. De modo que ¡hala!, a gobernar este país. Que es, desde luego, un país de hormigas, de cigarras y también de avispas. Lo normal.

Jaime CAMPANY